

TERRORISMO

nocturnos. Están capitalizando el mismo desastre económico, político y social que ayudaron a producir con su lenidad, su incompetencia y su corrupción: porque todo este drama de la sociedad española actual no tiene más nombre real que el de franquismo. Insultos al Gobierno, amenazas a la democracia, incitaciones a la rebelión: toda la panoplia subversiva está ahora en sus manos.

Son los colaboradores del terrorismo. Forman cuerpo con él. No hay más que ver con qué cinismo sus explotadores vuelven el argumento contra las víctimas y no contra los culpables: el Gobierno, el intento de democracia, la estabilidad del pueblo español son las víctimas a las que se dispara y bombardea a través de víctimas per-

sonales inocentes —civiles, militares o policiales—, y estos terroristas del grito y el libelo colaboran con el terrorismo activamente al disparar palabras y al urgir acciones contra el Gobierno, la democracia y la estabilidad del pueblo español. Una forma de exaltar el terrorismo es ayudarle a cumplir sus fines. Si sus fines son los de soliviantar a las Fuerzas Armadas y de Orden Público, lo que están haciendo estos grupos de minorías activistas, entre las cuales es extraño ver, a veces, a políticos que deberían tener mayor responsabilidad en sus palabras y saber qué abismo están tratando de abrir, es contribuir a la exaltación que se pretende. Es decir, colaborar en un intento de subversión como están tratando de producir los terroristas, los asesinos.

El golpe

TODO quizá "ha sido obra de un grupo de locos", o un intento "descabellado", como dicen los periódicos atribuyendo estas calificaciones a fuentes militares: oficialmente, en un texto de la Secretaría de Estado para la Información, "los hechos no revestían características de gravedad, pero se han apreciado indicios suficientes sobre algunas de las informaciones, por lo que se ha ordenado la apertura del correspondiente procedimiento de carácter judicial para depurar, y en su caso sancionar, las responsabilidades a que hubiera lugar": a lo que parece, un grupo de conjurados, militares de profesión y en activo, preparaban en la noche del 16 al 17 de noviembre la "Operación Galaxia" —nombre de la cafetería madrileña en que se reunían—, que consistiría en la irrupción en el palacio de la Moncloa, en Consejo de Ministros, y la detención o secuestro del presidente Suárez; según unas fuentes, el golpe llegaría al Rey; según otras, se aprovecharía su ausencia en el extranjero. La información, dada exclusivamente por los periódicos —la nota de la Subsecretaría de Estado es mezquina de información—, es escasa, pero suficientemente inquietante. El Gobierno a quien el pueblo va a votar el 6 de diciembre, a quien el pueblo va a conceder una Constitución insuficiente tiene derecho de saber más: nombres, personas, cantidades, planes, detenciones, castigos, fondo de la cuestión. Los hechos quizá "no revistan carácter de gravedad": lo que se sabe, lo que se sospecha, lo que se rumorea, sí. Quitarle gravedad es contarle todo. La coincidencia con el incidente de Cartagena, algo más que falta de disciplina de un general frente al vicepresidente primero del Gobierno, teniente general Gutiérrez Mellado, antebrecen más la cuestión.

El Gobierno y las altas autoridades mili-

tares han dado una respuesta de hechos que parece tranquilizadora y que es suficientemente acertada: el Rey no ha interrumpido su viaje a Latinoamérica —aunque, según informaciones, se mantiene continuamente informado por teléfono del desarrollo de los acontecimientos—, los altos jefes militares se han reunido con el presidente del Gobierno y el único militar que ha citado el tema es el coronel Mateos, de quien se dijo que había recibido una incitación a la rebelión y que había informado a sus superiores inmediatamente: al desmentir conjuntamente los dos extremos, el jefe del regimiento de Infantería Acorazada Alcázar de Toledo dice que "la preocupación por el bienestar de la tropa, el cuidado del costoso material, la resolución de los mil y un problemas diarios y el mejoramiento de la instrucción, etcétera, es nuestra única actividad", y añade esta frase: "Dejando para los médicos la Medicina, para los abogados la abogacía y para los políticos la política".

Un movimiento de "cuatro locos" que da origen a noches en vela en los palacios, a refuerzos de la guardia, a reuniones de urgencia de altos jefes militares, indica que quizá podría llegar a ser algo más, aunque todas las personalidades civiles consultadas en estos momentos hayan dicho que no existe la posibilidad de un golpe militar en vísperas de la Constitución, como ya lo dijo tiempo atrás el teniente general Gutiérrez Mellado. Pero el ambiente se ha enrarecido, se ha endurecido: hace falta, sería y urgentemente, limpiarlo, despejarlo de esta gravísima polución. Son las altas autoridades civiles y militares del reino quienes deben hacerlo, tomando todas las medidas y contándonos a sus concludados lo que ha pasado, lo que podría haber pasado y lo que ya no puede pasar. O lo que puede pasar todavía. ■

Sucesos como los registrados la semana pasada en España son, dentro de una gran gravedad, reconfortantes. Han sido muy escasos los militares que se han dejado llevar por la exaltación producida. La seriedad y la firmeza con que el ministro de Defensa, teniente general Gutiérrez Mellado, reprimió personalmente algún acto de indisciplina en Cartagena, y la colaboración inmediata que le prestaron militares de alta graduación cuando se la requirió, la apertura de procedimientos judiciales para otras actitudes que pudieran estar tipificadas en el Código de Justicia Militar, la serenidad del Ejército considerado como un todo, constituyen motivos de satisfacción.

Todos estos cómplices del terrorismo, al mismo tiempo que lo explotan y lo multiplican en sus posibles efectos, lo están estimulando. Los asesinos van viendo ya que su acción está arrancando esquivas de éxito, que están consiguiendo lo que se proponen. En el País Vasco y en todo el país. No es extraño que se crean a punto de conseguir el éxito que desean. Difícil de analizar. Porque si provocan la situación que están buscando, no habrán conseguido más que desmoronar por un tiempo más las posibilidades españolas de democracia y convivencia, y muchos de los políticos que los estimulan no saldrían beneficiados de ello. La provocación es enteramente visible.

Será erróneo si el Gobierno y los partidos políticos creen que la Constitución del 6 de diciembre va a poner un freno al instinto de subversión. La República española tuvo una Constitución en 1931 y una subversión definitiva en 1936: los golpes para derrocar constituciones han sido hasta ahora múltiples, en España y fuera de ella. La Constitución, se ha escrito en estas páginas, ha perdido ahora el valor intrínseco y jurídico de su texto, para convertirse en una frontera entre las minorías autocráticas y las mayorías democráticas. Hay que votar la afirmativamente el 6 de diciembre —y las campañas que parte de la izquierda emite contra ella son campañas suicidas y también colaboradores contra el terrorismo: no porque la Constitución no sea lo que ellos denuncian, sino porque es una barricada, una línea de separación— como actitud defensiva. Cada vez está más claro que una abstención o un voto negativo es una defección de la democracia y un arma que se entrega no ya a la derecha —que está más que representada en el texto constitucional—, sino a la subversión.

La única defensa de la democracia es la democracia misma: llevándola adelante sin restricciones, sin politiquerías, sin discusiones de galgos y podencos y con una sensación fuerte de lo que la inmensa mayoría de un país es capaz de hacer, se habrá salvado la situación. A partir del momento en que la subversión no se tolere ni un momento más. Ya se ha perdido demasiado tiempo. ■